

www.elboomeran.com

Martín Kohan

Fuera de lugar



EDITORIAL ANAGRAMA

BARCELONA

Ilustración: foto © Mark Power / Magnum Photos

Primera edición: marzo 2016

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© Martín Kohan, 2016
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria
www.schavelzongraham.com

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2016
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-9808-8
Depósito Legal: B. 2438-2016

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, Passeig Sanllehy, 23
08213 Polinyà

PRECORDILLERA

I

En las primeras fotos, las del invierno, aparecían solamente los nenitos. Tres o cuatro, a veces cinco; los que Magallán pudiese conseguir. Fotos con un solo nene decidieron no hacer más. Ya sabían: no funcionaban. Si había un nene, y nadie más, la imagen adquiría automáticamente un aire de retrato familiar, viraba hacia la ternura y no surtía ningún efecto. Lo intentaron y salió mal, hasta los compradores más asiduos desistieron en esos casos. Que el nene no fuera ya tan nene, que exhibiera un despunte de vello, no había ayudado en nada. Tampoco que, aun siendo muy nene, la tuviera decididamente grande. No servía, era un hecho. La visión de un único nene, por más que estuviese desnudo, por más que, dócil a las indicaciones, se la agarrara, se la estirara, se la mirara, se la sacudiera, les deparaba un fracaso tras otro, reducida inexorablemente a la neutralidad apocada del turismo o la antropología.

Se lo dijeron a Magallán: si obtenía a un nene solo,

era mejor que la sesión directamente se suspendiera. La cosa cambiaba mucho si tenían por lo menos a dos. Un nene solo se aburría, miraba a cámara, se fijaba en Lalo o en Murano o, tanto más, en Marisa. Habiendo en cambio dos, al menos dos, la diferencia era absoluta. Los chicos jugaban entre ellos, abstraídos, olvidados del entorno, ajenos a la situación y al propósito que pudiese tener lo que pasaba. Estaban como quien dice en su mundo. Y así se lograban las mejores fotos: las más solicitadas y las mejor pagas. Sin tener que apelar a trucos fáciles (cortinas entreabiertas, supuestas cerraduras, acercamientos telescópicos, cosas así), la imagen asumía por sí misma el tono misterioso del fisgoneo. Cualquier distraído es un espiado en potencia. Y un nene, si hay otro nene, se distrae de inmediato. Ese mismo nene que, aislado, quedaba pendiente de la foto hasta el punto de estropearla, pasaba a estar en otra cosa, pasaba a estar enteramente en lo suyo, si había otro nene con él.

Ni que hablar si eran más de dos. Entonces se armaban verdaderos juegos: espontáneos, imprevistos. Esas primeras sesiones, las del invierno, se llevaron a cabo en una casa en las afueras que había conseguido Marisa, y que estaba desocupada durante buena parte del año. Los chicos empezaban a treparse por los respaldos de los sillones de felpa, a rodar por las alfombras espesas, a esconderse debajo de una mesa ratona o a subir y bajar las escaleras que llevaban a la planta alta dando saltos y desplegando las piernas. Así, sin proponérselo, ellos tendían a pensar incluso que sin siquiera saberlo, la movían, la agrandaban, la agitaban,

la exhibían. Murano parecía tener un instinto infalible para elegir ángulos y encuadres. Lalo elegía la iluminación para dar a estas escenas, destinadas a la vista, el carácter de lo táctil. En la casa no faltaba un hogar: los leños y la chimenea. Pero no podían usarlos, se delatarían. Usaban estufas eléctricas dispuestas en cantidad suficiente. La ilusión de que todo transcurría al abrigo de un fuego bien administrado era mérito completo de Lalo.

Marisa, al parecer, no hacía nada; pero era quien siempre pensaba todo. La única vez que ella faltó a una sesión, porque un asunto de último momento la retuvo por demás en el pueblo, los tres chicos que trajo Magallán se quedaron como momias (fue Lalo el que dijo: «como momias», pero Murano lo corrigió: «como estatuas»; porque no existen las momias desnudas y las estatuas muy a menudo lo están). Faltos de gracia, parecían estar esperando el turno para una revisión médica de rutina, y las fotos de esa tarde resultaron un fiasco total (ni siquiera intentaron venderlas, a Nitti ni le hablaron de ellas). Estando Marisa en la casa, en cambio, nunca pasó una cosa así. Y no es que ella diera instrucciones, apenas si sugería alguna idea, pero después parecía divertirse especialmente con todo lo que los chicos hacían.

El de la guerra de las almohadas era un ejemplo cabal. A veces la jugaban arriba, en el dormitorio, subiendo a la cama o cayéndose, y a veces, si eran demasiados los nenes, entre los sillones del living. Lo cierto es que en esos casos los chicos rodaban y se revolvían y hasta se caían uno sobre el otro; imposible hacer todo

eso sin al mismo tiempo revolearla, cederla, esconderla, mostrarla. En las fotos, por supuesto, todo ese juego desaparecía. Por más que no hiciera otra cosa que retener la imagen de lo que pasaba, cada foto parecía mostrar (es decir, mostraba) cosas que en realidad no habían ocurrido. Hasta Murano, que era el que las sacaba, se sorprendía no pocas veces al contemplarlas. En las fotos estaban los chicos, los cuerpos, los gestos; pero las intenciones, por ejemplo, por supuesto que no estaban más. Y, en ese lugar vacante, cualquier otra intención cabía, aunque fuese muy distinta, siempre que el que miraba las fotos estuviese dispuesto a concebirla. Constantemente, sí, y sin filtrados, las actitudes y los movimientos que hubiesen adoptado los neños; liberados, sin embargo, de sus motivos o de sus propósitos originales, era fácil hacer que insinuaran sentidos que en su momento nadie había intentado.

Tal vez para darse importancia, Magallán solía exagerar las dificultades que podía llegar a encontrar para obtener la salida de los chicos. No quedaba muy claro el porqué: la mayoría de ellos, si es que no, probablemente, todos, tenían en el instituto la única supervisión, la única custodia de sus vidas. Y Magallán, en el instituto, podía hacer o deshacer casi sin rendir cuentas a nadie. Pese a eso, le complacía dar a ver alguna vacilación, como queriendo fabricar suspenso, de si podría o no podría conseguir chicos para surtir a una sesión de fotos, y a cuántos podría conseguir en el caso de que los consiguiera.

Le conocían ya esos manejos; no obstante, quedaban siempre en duda. A veces Nitti les hacía saber que

contaba con un contacto certero para efectuar el traspaso de fotos. Y Magallán no hacía sino contrapesar la firmeza del trato hecho con sus remilgos en apariencia involuntarios: quizás podría traerles a dos nenes, quién sabe si tres; lo intentaría. Alegaba, ante la insistencia, que no era tan sencillo llevárselos así como así, ni tampoco podía devolverlos al instituto a cualquier hora; por más que, como todos sabían, nadie visitaba a estos chicos nunca, ningún pariente cercano o remoto habría jamás de interesarse por las circunstancias de su internación, nadie habría de enterarse jamás de estas salidas ni de sus duraciones.

Magallán no tenía que entenderse más que con los otros curas del instituto, que por cierto lo respetaban y no le iban a plantear ningún problema por nada. Eran puros melindres suyos, decir caviloso un día: tengo a uno solo, y otro día decir entre dientes: me parece que esta vez no habrá manera. Lo cierto es que también a él le convenía que las fotos se hicieran; los pagos que Nitti obtenía de los compradores de los países del Este eran pronto y succulentos, y para la parte que Magallán se llevaba la palabra «tajada» resultaba insuficiente. Por eso era que, salvo excepciones, al final el Renault 12 de Magallán acababa por aparecer en la curva del camino largo, levantando tierra y chillidos de pájaros a su paso. A los chicos los llevaba siempre en el asiento de atrás, así fueran cuatro o cinco. Según parece, al manejar, iba cantando.

Con el verano, brotó otra idea: tomar las fotos al aire libre. La casa de las afueras no estaba disponible en esos meses, pero en rigor de verdad no la precisaban.

Sobraban en el monte los lugares más que tranquilos, despejados y discretos. Algunas veces eran claros que se abrían de repente, otras veces era un recodo de vegetación enmarañada. Los chicos desnudos parecían más desnudos al estar a la intemperie. En la casa, mal o bien, aunque les pudiese quedar por caso tremendamente a la vista, no dejaban de parecer en cierta forma abrigados: recubiertos por el ámbito interior, aunque la tuviesen afuera. Tenerla al aire, en cambio, cobraba su sentido más cabal cuando estaban, en efecto, al aire: expuesta ante el cielo abierto, destacada por un rayo de sol implacable, batida por una ráfaga de viento seco y caliente, zarandeada a plena luz. Magallán parecía preferir sin dudas esta otra variante, acaso porque le permitía utilizar una palabra convenida, para el caso, la palabra «excursión». Y los compradores de los países del Este, ni que decirlo: pidieron más que nunca y pagaron más que nunca por las fotos del verano. Según interpretó Murano, el gusto que encontraban en ver desnudos a estos nenitos oscuros, especie de indiecitos sudamericanos a sus ojos, sugestión de una naturaleza sin dominar para sus criterios tan lejanos, se acentuaba hasta el paroxismo con el contexto de estos escenarios agrestes.

Magallán no se quedaba jamás a presenciar las tomas de fotos. Dejaba a los chicos en la casa y se iba, pasaba a buscarlos después. En las salidas al aire libre, a las que su coche llegaba rezongando por las cuestas algo escarpadas, prefería irse a dar unas vueltas por ahí. Volvía al cabo de un rato convenido de manera implícita, cargando en las manos una provisión de yuyos a

su juicio medicinales, o bien una colección de piedras de formas raras o colores raros. No mostraba un gran interés tampoco en ver las fotos ya listas, reveladas y retocadas para subrayar los claroscuros; soltaba algún comentario puntual («qué grandes que parecen»; «fíjate el culito que tienen») y de inmediato cambiaba de tema, como si siempre se acordara de algo.

No obstante, su presencia resultaba decisiva para el tramo inicial de las sesiones. Y no sólo porque era él quien iba a suministrar cada vez a los nenes, por lo que, hasta su llegada, no se sabía exactamente con cuántos iban a contar, sino además por otra cosa: porque era el que se encargaba de que los chicos se quitaran la ropa. Marisa a lo sumo colaboraba, recibiendo las prendas rotas y mugrientas para plegarlas y dejarlas aparte, y así escuchaba las palabras que con ternura Magallán recitaba a los chicos: que un cuerpito es una obra de Dios, que en los niños todo es inocencia (hasta los huevitos, hasta los pititos, hasta los culitos), que no existe indecencia si no hay mal pensamiento, que en el Edén todo era puro y no había por qué cubrirse.

A Murano, a Marisa, a Lalo, les daba una explicación diferente, que él mismo se permitió definir como sociológica. Para los pibes de esa condición social, detalló sin hacer gestos, estar desnuditos era una cosa corriente, desde chicos los habituaban así, los prejuicios de las costumbres burguesas no debían aplicarse para estos casos, hermanitos y hermanitas andaban usualmente en pelotas, y aun los adultos podían hacer sus necesidades sin el prurito de cerrar la puerta del baño, o se lavaban bajo un chorro de agua fresca y salían a

secarse al patio con una toalla en hilachas que cargaban colgando de un hombro. En el instituto, incluso, apenas el calor empezaba a castigar a la provincia, los chicos ni se molestaban en vestirse, y nadie desde hace años se gastaba en reconvenciones de probada ineficacia.

Se entiende mejor así la razón por la cual Magallán se enojó tanto con Lalo, al punto de gritarle y casi insultarlo, la vez que Lalo decidió comprarles a los chicos una caja de alfajores de dulce de leche y regalárselos al terminar una tarde de fotos en la casa. No los premie ni los castigue, se puso a vociferar Magallán, salpicando de saliva espesa el semblante hosco de Lalo, no los hunda en el bien ni en el mal, no les haga saber de infiernos ni de paraísos, déjelos en su lugar: en el limbo, respete su divina inconsciencia, no los lleve a pensar en pecados. Si Lalo no le contestó en ese instante fue porque Murano se acercó y le apretó un brazo.

Las jornadas al aire libre daban resultados cabalmente extraordinarios. En la casa, aunque hubiese agitación, imperaba un cierto aire de languidez cansina, lo que no dejaba de tener su atractivo en las fotos, porque sugería disponibilidad. Las fotos de exteriores, por su parte, aplicadas al movimiento, con los chicos corriéndose entre sí, enlazados en peleas apenas fingidas o dejándose pender en la rama casi horizontal de algún árbol, resaltaban la actividad corporal y trasuntaban, por tal motivo, un indicio de iniciativa.

Hay que decir también que, al cabo, los chicos por fin se cansaban. Su energía empezaba a declinar junto con la declinación de la luz fantasmal de la tarde. Que-

daban sudados y jadeantes (Murano pulsaba las fotos como si fuesen capaces de registrar tanto una cosa como la otra), y se echaban a descansar sobre la aspereza del pasto sonrientes y con los ojos cerrados. A veces se valían uno de otro para el reposo en el suelo: una cabeza apoyada en una pierna, dos espaldas complementadas. Algunos, para recuperarse, gustaban de ponerse en cuclillas: podían quedarse así durante bastante tiempo. Todo este ritual del letargo, bajo nubes o con fondo de pájaros, los mostraba brillantes y húmedos; esa clase de fatiga les mitigaba la infancia.

Una vez, se largó a llover: de pronto, casi sin preludeo. Lo que es propio de los veranos: el agua repentina, furiosa y pasajera. Los nenes se alborotaron. Marisa les alcanzó unos plásticos de colores que tenía debajo de los asientos del auto. Los chicos se cubrieron con ellos, pero nada más que la cabeza; o bien se envolvieron en ellos, pero solamente a medias. Hasta que descubrieron, entre gritos, que era preferible empaparse. El único paraguas que había (Magallán ya no estaba ahí) lo sostuvo todo el tiempo Lalo, para evitar que a Murano la cámara se le mojara. Otra vez, no se sabe de dónde, apareció un caballo manso. Los chicos lo montaron a pelo, sin temor de raspaduras (y de a tres, es decir, apretados); esas fotos reportaron fortunas. Los chicos sobre el caballo gustaron tanto como subiendo al caballo, sí o sí con ayuda de otro, o como bajando del caballo, medio cayendo y medio flotando. Hay una cosa que es completamente obvia, pero que por ser obvia no se percibe: la desnudez de los animales. En estas fotos, y era su mérito, resaltaba por demás.